

Pensar la identidad a partir de la diferencia: El otro inevitable

“A un pintor norteamericano geométrico, Joseph Albers, se le preguntó en el New York Times: ¿En qué consiste su oficio?, ¿cómo entiende Ud. Su trabajo?. Y Albers respondió: “Mire, le voy a decir cuál es mi oficio de pintor: yo me coloco entre dos líneas y me dedico a ver todo lo que sucede *entre* ellas”.

Héctor Fiorini

“Identidad: La palabra identidad viene del talín “Identitas” y éste de “Idem” (lo mismo). Como Idem et Idem (una y otra vez), semper idem (siempre lo mismo), ego idem sum (yo soy el mismo)”.

“Me dieron un nombre y me apartaron de mí”. Clarice Lispector.

“En toda obra de arte hay un lugar en el que quién allí se sitúa siente el frescor como el de una brisa de un amanecer venidero. De aquí, resulta que el arte, visto a menudo como refractario a toda relación con el progreso, puede servir a la auténtica determinación de éste. El progreso no está en su elemento en la continuidad del curso del tiempo, sino en sus interferencias: allí donde por primera vez, con la sobriedad del amanecer, se hace sentir algo verdaderamente nuevo”.

Walter Benjamín

La geografía de mi barrio llevo en mí,
será por eso que del todo no me fui:
la esquina, el almacén, el piberío...
lo reconozco... son algo mío...
Ahora sé que la distancia no es real
y me descubro en ese punto cardinal,
volviendo a la niñez desde la luz
teniendo siempre el corazón mirando al sur.

El corazón al Sur. Eladia Blázquez

Tomaré como excusa los procesos que se desarrollan en la adolescencia para desplegar algunos aspectos del concepto de identidad que no está completa si no lo relacionamos con la categoría de la diferencia. Intentaré hacerlo desde la perspectiva de la teoría vincular, muy especialmente, desde los aportes que a ella hace, el Dr. Isidoro Berenstein -vaya como un homenaje a su recuerdo-, y apoyado en algunos conceptos de Giles Deleuze y Jaques Derrida.

Concebiré identidad paradójicamente en relación a la necesidad primaria de diferenciación, de diferencia en términos de Deleuze, y de establecer un espacio “entre” dos, donde se construya precozmente un “otro” y que frente a su ajenidad, emerja la pulsión en el sujeto, movimiento que producirá un intento de investir al otro como objeto tratando de inscribirlo psíquicamente desde el pasado infantil.

¿Qué es lo propio de mi identidad? ¿Tiene ésta un núcleo o zona continua, cargada de representaciones, productos de ausencias que me determinan, me fundan desde el

pasado infantil y desde mis objetos internos constituyendo un eje pasado-memoria-interno-representación-repetición-represión y ligado a mecanismos de identificaciones proyectivas-introyectivas.

O lo que puede concebirse como propio, como nos recuerda María Alejandra Tortorelli, filósofa argentina, está ya atravesado de ajenidades. Pensar-“me”, dice esta autora desde la producción del “entre” implica reconocer que no hay sí-mismo que no esté ya trazado por un proceso de diferenciación, por un diferimiento, un a través, un desvío si se quiere, que por la misma razón, no permite que uno llegue a ser uno , ni que llegue a sí-mismo, ni a ser uno mismo. Uno nunca es, concluye, ni nunca es uno. Pensemos en las heteronomías de Pessoa o en los diferentes Borges.

Por lo que se nos plantearía otra dimensión, otra categoría que tendría que ver no con ausencias sino con presencias, no con el pasado sino con lo actual. Constituir-se como sujeto, constituir una identidad, implicaría la presencia de otro/s que deben oponer resistencia a un sujeto y a sus representaciones, un otro que se presenta frente al sujeto, que interfiere esa identidad, tanto en uno como en el otro del encuentro, que impide que ni uno ni otro sean idénticos así mismos, ni entre sí, evitando la fusión en una unidad en la que se deje de ser dos, en una interpelación mutua madre-bebé, padre-hijos adolescentes, analista-paciente.

Ambos términos deben modificar sus subjetividades para dar cabida a esta interferencia, ajena, no-yo, no inscripta, que instituye y destituye a la vez subjetividad-identidad,

otorgándole permanentemente nuevas marcas, nuevos trazos, evitando caer en cierres y circularidades narcisísticas tanáticas. Veremos más adelante algo de esto en las patologías vinculares adolescentes cuando haga mención al concepto de identidad centáurica del Dr. Luis Kancyper.

Vamos concibiendo así la identidad a partir de la diferencia instituyente con un otro diferente de mi, e incluso ajeno a mi en una parte de su self, inaccesible siempre a la representabilidad con el cual debo crear un espacio entre, un espacio frontera, transicional en donde se va a mover permanentemente la creación de una subjetividad nunca autónoma sino fundamentalmente relacional.

Estamos hablando entonces de una identidad que se construye, primariamente, a partir de lo no representable, y que luego va a adquirir significación, con una zona además siempre necesariamente no significable, silenciosa, tal vez ese núcleo-Nada del self winnicottiano, que se defiende incluso con violencia –esto lo vemos bien en los adolescentes- para mantenerse como tal.

Hasta aquí en términos de Deleuze, la identidad, se instituiría en el orden del acontecimiento, de lo imprevisto, no cabría en el Saber que se da en la ausencia del otro (en la transferencia, por ejemplo), sino en el suceder, en el devenir, en presencia de otro que interfiere en mis proyecciones, que es real y no imaginario, ni producto de la fantasía.

Ejemplo de realización simbólica, Las manzanas

Nos dice Isidoro Berenstein: “En lo intersubjetivo, el otro es fuente de placer, no sólo por su destino de objeto para estar dentro del yo, sino por permanecer afuera, no pasible de ser incorporado, sosteniendo el vínculo con su presencia, no simplemente para ser reconocido por lo representado sino para ser conocido como nuevo”....”El otro propone un nuevo lugar no representado y ubica a su vez al yo en un nuevo lugar, ello lo rescata de la captura narcisista de retener sólo lo semejante, lo cual a su vez rebaja la subjetividad del otro y de sí mismo” quisiera subrayar para luego, en la discusión, la expresión “rebajar la subjetividad”.

En otro párrafo continúa: “Lo imprevisto se haya inscripto y no se anticipa, no tiene cabida en esa continuidad de la vida psíquica, no es del orden de la representación sino de lo que se presenta.

La presencia de ese otro pone a prueba el saber, mostrándolo siempre incompleto, lo que haría imposible enunciar: “sé como soy, sé como eres” y lo más peligroso, no puedo decir “sé como vas a ser”, lo que reactualiza una de las zonas del conflicto en el Edipo de Sófocles, el Agón, la lucha entre dos posiciones: Tiresias y Yocasta, o sea, entre el determinismo oracular de un destino del cual no se escapa y el indeterminismo de los acontecimientos que generan una vida.

Así, si se logra instituir ese “entre dos”, que implica siempre una lucha contra los espejos, la identidad estática de bordes organizados con sensación de permanencia, unidad y continuidad, queda constantemente interpelada, constituyendo una tensión incesante entre lo novedoso, las

nuevas marcas, los acontecimientos, las interferencias y el mundo representacional de lo “dado”, de lo ilusoriamente permanente, que se resiste, pero siempre aparece una nueva cualidad que no estaba y se hace presente interfiriendo.

Recordar la anécdota de la calle Gran Vía y la calla Corrientes

La dimensión de presencia, actual, exterior que instaura una “vincularidad” modificaría las relaciones de objeto con figuras internas infantiles inscriptas en el pasado y que actúan por identificaciones proyectivas.

Es esa instauración del “entre” la condición sine qua non que abre la posibilidad del surgimiento de lo nuevo y de un movimiento permanente de la subjetividad, de la identidad que se nutre en ese espacio continuamente, de nuevas marcas en uno y otro término del vínculo, en una intersubjetividad y en un “hacer” que nos va constituyendo hasta el final, hasta la destitución definitiva.

Por lo tanto, identidad es siempre identidad con otro diferente de mí, otro por el cual y esto en adolescencia es fundamental, uno tiene que ser visto, y estar corporalmente presente, ese otro debe sostener presencia, en términos de Isidoro Berenstein: “La presencia de otro genera sistemáticamente un grado de novedad no inscripta previamente, aunque el “yo” conozca a ese otro, pero lo nuevo surge precisamente a partir de ese cuerpo y de algo no pasible de inscribir, lo que se ofrece como permanentemente ajeno. En él reside lo que despierta la atracción sexual, hay algo no poseído cuya promesa lo

transforma en novedoso y no sólo por la actualización de un viejo placer reconocido, notemos aquí la idea de la sexualidad, no como la búsqueda del reencuentro con un objeto, sino también el placer que el sujeto puede encontrar en lo nuevo de la realidad, como un principio de placer en la realidad distinto al principio de placer de la pulsión, continúa Berenstein: “cuando se patologiza el vínculo, a mi gusto un gran tema en la adolescencia y en las patologías de pareja, y la ajenidad no puede ser ya aceptada, el surgimiento de tedio y aburrimiento informan de la vivencia de un otro que no ofrece novedad, un otro que ya no lo es o está en camino de dejar de serlo”

Pero el juego entre la aparición de lo nuevo genera sus angustias particulares porque “la ajenidad -nos dice Berenstein- como la creación en general -diría yo- excede cualquier estrategia y nadie puede saber el resultado de juegos de presencias.”

Ejemplo del paciente jugador de ajedrez

Hasta aquí vemos que “estar siendo,” “estar construyendo” identidad siempre tiene que ver con el inter-juego, la tensión entre, los lugares donde me reconozco, entre la memoria, mis orígenes y la geografía de barrios que llevo en mí y la necesidad permanente de modificarme, de abrirme a las interferencias de lo nuevo, de lo ajeno, de ese otro diferente de mí y yo de él que surge espontáneamente con falta de representación, incapturable, insobornable, que impide la caída tanática de la identidad

en una, yo diría aún así, imposible repetición de la mismo aún en la patología; de esto los poetas conocen mucho, como nos dice Wislawa Szymborska en su poema “Nada dos veces”:

Nada sucede dos veces
no sucederá, y por eso
sin experiencia nacemos
sin rutina moriremos.

En esta escuela del mundo
ni siento malos alumnos
repetiremos un año,
un invierno, un verano.

No es el mismo ningún día,
no hay dos noches parecidas,
igual mirada en los ojos,
dos besos que se repitan.

Ayer mientras que tu nombre
en voz alto pronunciaban
sentí como si una rosa
cayera por la ventana

Ahora que estamos juntos,
vuelvo la cara hacia el muro.
¿la rosa? ¿cómo es la rosa?
¿cómo una flor y una piedra?

Dime por qué, mala hora,
con miedo inútil te mezclas.
Eres y por eso pasas.

Pasas, por eso eres bella.

Medio abrazados, sonrientes,
buscaremos la cordura,
aunque somos diferentes,
cual dos gotas de agua pura.

Quedaría claro que, si bien, lo infantil es un origen, no es el único origen del sujeto sino que el vínculo en cada encuentro significativo implica un origen, una nueva marca, y es la presencia de la ajenidad del otro lo que hace pulsionar el deseo.

Permanentemente, si todo va bien, diría Winnicott, la geografía que llevo en mí, se amplía, cambia, se destituye, se vuelve a instituir en un permanente devenir, en un permanente cambio, uno de los grandes motivos de angustia para el psiquismo, tal vez por eso nos interese tanto la fotografía, que nos da la ilusión de fijar, por instante, “lo que permanece en constante movimiento y en la intemperie”.

Sin embargo, no se trata de no tener identidad, como nos recuerda Derrida: “De negarla o desecharla, sino más bien de destituirla en su pretensión de propiedad e individualidad, señalando su naturaleza indefectiblemente diferencial, lo que él está mostrando es que no hay uno consigo mismo sin que la supuesta ajenidad del otro no haya intervenido ya desde el principio y hasta el fin. A la identidad de uno mismo no se llega nunca. La identidad es un proceso de diferenciación que no termina y que perturba a la vez que constituye, de allí que Derrida dé a *différance* (como *diferendo*) en uno de sus sentidos: el de

pólemos, guerra, conflicto. La identidad es conflicto, dice él, y el conflicto no puede eliminarse aboliendo la diferencia a favor de la identidad de uno consigo mismo”.

Pensemos en lo que nos transmite Amin Maalouf en su libro “Las identidades asesinas” producto de ese cierre de una identidad individual o cultural sobre sí misma.

Así sin “entre” no hay lo interior ni lo exterior. Pero justamente por ello mismo, ni lo interior ni lo exterior son y se constituyen “en –sí-mismos”, para luego eventualmente diferenciarse, sino que, en rigor son a partir de la diferencia, esta es condición, precede, dice Derrida, he aquí lo que perturba al pensar, que la diferencia sea primera.

Exterior e interior se constituyen en la diferencia y no en la identidad consigo misma.

La identidad se constituiría entonces no en reflejos del espejo, mitología Narcisística, sino, como Alicia, atravesándolos, y muchas veces o siempre con una necesaria transgresión y violencia creativa, violencia, destrucción que causa devenir.

Yo y el otro, el otro y yo, no son dos unidades, sino dos bordes, que se instituyen y a la vez se destituyen inevitablemente, ninguno cierra sobre sí, ninguno es “sí-mismo”, el sí –mismo esta destituido. Derrida nos dice, y es muy bueno como lo expresa, que no hay identidad sin riesgo, sin peligro, sin amenaza de alteridad. La identidad no es un fenómeno de unidad, gran ilusión narcisística de todo psiquismo, soy hombre, soy mujer, soy marxista, soy

fascista, soy budista, soy judío, soy palestino, soy musulmán, soy adolescente, soy niño, soy adulto, soy psicoanalista, tal vez sea eso lo que descubre Edipo ante el canto del acertijo de la musa-esfinge?, lamentablemente es imposible cerrar, y la resistencia a ello ya sabemos qué consecuencias puede tener, en lo individual y en lo colectivo, el enloquecimiento, la guerra, el exterminio, del alter Asesinato que a la vez mata mi posibilidad, mi única posibilidad de ser.

Entre el otro y yo como otro de él, se da una doble acogida, en donde el anfitrión deviene huésped, donde quien recibe es tan arrivante como aquel que se supone llega, pensemos en el encuentro entre madre y bebé, entre analista y paciente, entre padres y cada etapa del crecimiento vincular de los hijos, siempre huéspedes que tienen que marchar, todo pasa y todo queda pero los hijos deben pasar...

Dice Deleuze que cuando un niño nace, es el nacimiento el que recibe a ambos, les acontece a ambos, a la madre y al bebé.

El conflicto en la adolescencia, entonces, no es sólo la elaboración de los duelos por pérdidas, sea de la infancia, de los padres infantiles, del cuerpo, de la bisexualidad, sino fundamentalmente de enfrentarse con el cambio mismo, con la conciencia del devenir, de lo que al psiquismo tanto la cuesta aceptar: “que todo pasa y que

todo queda pero lo nuestro es pasar”. No es casual que surjan en ellos la preocupación y la angustia por la muerte, por la finitud, por el dejar de ser, muchas veces actuándola en acciones autolíticas.

Además, la conflictiva adolescente representaría la reactualización de los fallos que en la infancia impidieron la creación de un espacio “entre”, atrapamientos narcisistas en la “fuente” que lo han dejado condenado a significaciones alienantes de cierres que impiden el desarrollo del siendo, de una identidad intersubjetiva que lo deja atrapado en identificaciones de semejanza, igualdad o actuación de identificaciones como cuerpos extraños en él. Muchas veces el adolescente grita lo que en la infancia fue silenciado.

Ejemplo del paciente cuya madre le hizo creer que era un ser especial, producto de un nacimiento heroico: ella tenía 43 años y el padre 48.

Por ello es imprescindible que la adolescencia, genere actos, procesos, saludables y patológicos cuando las condiciones vinculares lo han sido, de confrontación, de resignificación de representaciones de su identidad atribuidas hasta el momento, someter a condiciones de prueba a sus otros significativos, para ver si el juego de diferencias en un espacio entre y las apariciones de nuevas presentaciones ,van a ser aceptadas.

EJEMPLO DE PACIENTE FUTBOLERO.

Luis Kancyper, nos habla en sus estudios sobre las figuras de Borges y Kafka de las relaciones centáuricas y ciclópeas, remarco lo de relación que no vínculo, de gran valor clínico en el trabajo con Adolescentes, nos cuenta que Borges comentó en varias oportunidades que uno de sus cuentos favoritos había sido "Las ruinas circulares", y que ese cuento tenía un cierto nexo con su poema "El Golem". Otro cuento muy querido por el autor, sigue Kancyper, era "Everything an nothing" en el que comenzaba diciendo que nadie hubo en él, que no había más que un poco de frío, un sueño no soñado por alguien y que alguna vez pensó que en los libros hallaría remedio para su mal. En los libros se encontraba con su padre, que lo llamaba "mi Shakespeare", y que le había impuesto la misión de redimirlo. El padre de Borges no había logrado convertirse en un escritor célebre y programó a su hijo para que materializara ese sueño. Entre ambos se urdió una relación fusional y ambigua que denominé, dice Kancyper, relación centáurica, en que el padre funciona como la cabeza y torso de un humano y el hijo/a lo continúa con el cuerpo de un fabuloso caballo y viceversa. Entre ambos configuran un nuevo ser, con un cuerpo fusional y protésico intercambiable, en permanente expansión, armable y desarmable como un puzzle, pero finalmente ambos quedan encerrados en un laberinto de ruinas circulares.

Kancyper nos habla de una relación necesaria, preedípica, transitoria con el Padre, en el desarrollo psicosexual, una relación centáurica como medio para cortar las amenazas de fusión con la madre, para dar el salto a la triangulación, pero en ciertos casos, la relación centáurica pierde su carácter de transicionalidad y en lugar de funcionar como

garante de un corte y salida de la díada materna, opera reteniendo al hijo/a en un vínculo ambiguo y viscoso, una simbiosis patológica que borra la posibilidad del espacio entre dos, esto tiene como decía una gran presencia en la clínica con adolescentes.

Ejemplo de la película la piel doble. Jordi Moya , Javier Bardem , Ariadna Gil....

En cambio en los personajes kafkianos, dice aquel autor, no se ha logrado, configurar ni una mínima relación con el padre, que restañen las primeras relaciones fallidas con la figura de la madre y proteja de las tendencias a la fusión de ambos, quedando condenados a un estado de desamparo ciclópeo y acantonados finalmente en el laberinto de la desesperanza invencible.

Cuántas depresiones en jóvenes pueden ser comprendidas desde este paradigma.

Ejemplo clínico del rockero...

Aquí la dificultad de la instauración del entre, del alter, del dos, es la ausencia del alter que triangule. Fuente de un tipo especial de angustia en la adolescencia.

Por casi último, me han sido muy ricas las aportaciones de Nicolás Abraham sobre el trabajo psíquico de resignificación, y su relación con los proceso que el adolescente debe llevar a cabo para poder dejar abierto el movimiento de ir siendo, vuelvo a pensar en Sabina Spielrein y su trabajo “La destrucción como causa del devenir” (1912).

A veces los padres no pueden sostener bien, por razones “contratransferenciales”, los envites destructivos de los hijos en su afán de desestereotipar identificaciones y construir unas nuevas, nos dice Abraham:

“que la resignificación es en primer lugar un trabajo de aniquilamiento de la significación imperante: se trata de romperla, de destruirla. Para Abraham, el trabajo primero del inconciente es despojar a un elemento psíquico de su significación, designificar. El inconciente, en términos de Abraham, trabaja metiéndose intersticialmente en las significaciones, alterándolas, arruinándolas, en un trabajo que él caracteriza como de designificación .”

Ese trabajo implica, y esto es un trabajo que se da muy especialmente en los procesos adolescentes, llevar silencio a las significaciones manifiestas, para que en el blanco de ese silencio emerja eventualmente el “acontecimiento” de otra significación o de otra cosa que la significación, estoy pensando en el concepto de “ líneas de fuga “ en creatividad. Pensemos en las consecuencias técnicas que esto trae en relación a la utilización de la interpretación por ejemplo, sobre todo en jóvenes, aquí hay todo un tema, y Winnicott nos habló creo, mucho acerca de esto con su técnica del garabato, como una forma de sacarse de encima a quien quiera inducir significados.

Ejemplo de fin de curso nacional, amigo con túnica blanca-

Ahora sí por último, en la adolescencia se produce un trabajo psíquico de aceptación de la necesaria

discontinuidad temporal del ser , tal vez se comience a sospechar , que no se puede fraguar una identidad segura, única, y el vértigo de ese descubrimiento sumado a la de contacto con la finitud, lo puede sumir en la desesperación, sin un ambiente facilitador que tenga el arte y la sabiduría de sostenerle presencia, ritmo y no escapar de la escena, sin fusionarle centáuricamente ni dejarle solo ciclópeamente.

Muchas veces el adolescente busca alternativas, ilusorias, que le palién la angustia “del todo se mueve y yo también”, en las ideologías, religiones, relaciones de pareja, figuras que le cierren lo abierto, que le calmen y le den certidumbres. También se lanza de lleno como en una actitud contrafóbica, en destruir lo sabido y cierto y se abre a lo nuevo e incierto en un permanente juego de ambivalencias, de idas y venidas.

Tiene que aprender elaborar las angustias de los cambios permanentes, del estar siendo, y oponerse al mismo tiempo a todo lo que fije ese cambio y lo atrape en un Dado, temido y deseado, como no, por todos.

DEBEMOS EN ESA ETAPA, en la adolescencia, A APRENDER A VIVIR “SIN CASA”, CON SEGURIDAD EN LA INTEMPERIE, COMO NOS CANTA RILKE, Y EN HETERONOMÍA, ESE DRAMA DE GENTE DE Pessoa, de ser uno y varios, aprendiendo a ser alguien para llegar a ser Nadie.

Bibliografía:

Fiorini,Héctor. El Psiquismo Creador. Paidós. Buenos Aires 1995.

Lispector, Clarice. Aprendizaje o el libro de los placeres. Siruela. Madrid 2008

VV.AA El Pensador Vagabundo. Estudios sobre Walter Benjamin . Entelequia .Madrid 2011

Deleuze ,G. Mil Mesetas. Pre-textos. Valencia, 1988

John Rajchman. Deleuze un mapa. Nueva Visión. Buenos Aires. 2004

DERRIDA, J. El otro cabo. Ediciones del serbal.Bna.1992

DERRIDA.J. De la gramatología. Siglo XXI.

BERENSTEIN.I. El sujeto y el otro. Paidós.2001

BERENSTEIN.I. Del ser al hacer. Paidós. 2007

KANCYPER.L. La confrontación generacional
Lumen.2003

RODULFO.R. Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia. Lo creativo-lo destructivo en el pensamiento de Winnicott. Paidos. 2009

JESSICA BENJAMIN. El reconocimiento y la destrucción: un esquema de la intersubjetividad. En: Winnicott Hoy. Su presencia en la clínica actual, A.Liberman y A. Abello. Psimática. Madrid 2008.

Szyborska.W. El gran número, Fin y principio.Hiperión.
Madrid.1997.